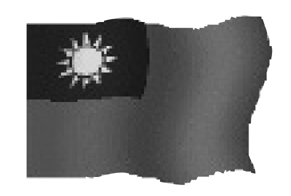




ALGUIEN EN QUIEN CREER

1 de noviembre *Tina Lee vive en Taichung, Taiwán*

[Pídale a una mujer joven que presente este relato en primera persona.]

Me llamo Tina y vivo en Taiwán. Mi familia no es cristiana. De hecho, mi padre es adepto de una religión que busca armonía y orden en el ambiente. Instaba a la familia a adorar a estatuas de piedra que había puesto por toda la casa. Pero a mi madre, a mi hermano y a mí no nos interesaba esta religión. Estaba segura que debía haber algo más digno de nuestra adoración que unas piedras.

El testimonio de un maestro

Uno de mis maestros de la escuela preparatoria era cristiano y en sus clases a menudo se refería a la Biblia. Deseaba saber más acerca de las creencias cristianas, así que le pedí que me hablara de su fe. Me comentó que estaba buscando una iglesia que enseñara la Biblia claramente y que cuando la encontrara, me lo diría. Unas semanas después me informó que había encontrado la iglesia que buscaba y me invitó a asistir.

Visité la iglesia —la Iglesia Adventista del Séptimo Día— y me agradó. Comencé a asistir regularmente. Le conté a mi madre que visitaba una iglesia cristiana, pero esto no la preocupó. Pensó que sólo pasaba por una etapa de mi vida. Pero cuando se enteró que me había unido a la iglesia, se molestó conmigo y dejó de darme dinero para mis gastos escolares.

Una familia verdadera

Todavía no terminaba mis estudios secundarios y necesitaba la ayuda financiera. Por eso le pedí a Dios que proveyera para mis necesidades y lo hizo de muchas maneras. Los miembros de iglesia me apoyaban con un poco de dinero o comida y en ocasiones mi tía me daba dinero. Aunque mi hermano no era cristiano, me defendía ante mis padres. A menudo les decía que mientras algunas de mis amistades habían tomado decisiones equivocadas como fumar y usar drogas, yo era una estudiante aplicada y no practicaba esos vicios.

Mi padre se enfermó y tuvieron que ir a otra ciudad en busca de atención médica. Justo al iniciar mis estudios universitarios un hombre trastornado se mudó a los apartamentos donde yo vivía. Empezó a hostigarme, a regañarme y a gritarme. Sus ataques verbales me desconcertaban demasiado así que busqué otro lugar para vivir.

Necesitaba un trabajo para pagar mi

colegiatura, pero era difícil encontrar un empleo que no requiriera trabajar en sábado. Después de meses de búsqueda, finalmente encontré un trabajo en un salón de belleza. Pero cuando me di cuenta que una de mis funciones sería adivinar el futuro de los clientes con cartas tarot, me sentí descorazonada. Nuevamente oré pidiéndole trabajo a Dios, uno que me permitiera guardar el sábado y que no comprometiera mi fe de otras maneras.

La esposa del pastor me comentó sobre una posición que se abriría en la panadería de la iglesia. El sueldo era bajo, pero tendría los sábados libres. Acepté el trabajo. Después una señora compañera de trabajo me comentó sobre un apartamento que podría alquilar. Estaba sucio y necesitaba muchos arreglos, pero el dueño planeaba hacerlo. No podía encontrar otra vivienda que estuviera dentro de mis posibilidades, así que seguí buscando. Cuando la mujer del apartamento llamó para informarme que estaba listo, fui a verlo. ¡Estaba hermoso! Tenía miedo de preguntar cuánto costaría el alquiler porque lo único que podía pagar eran $75 al mes y sabía que su apartamento valía el doble. Cuando el dueño me dijo que sería $75 al mes, supe que era la respuesta a mis oraciones. Acepté el apartamento.

Le dije a mi madre cuánto había orado por un apartamento seguro y limpio y cómo Dios me había guiado a este lugar, cuyo precio era exactamente lo que podía pagar. Esperaba que mi madre se diera cuenta que Dios había contestado mis oraciones, pero no me dijo nada.

Cuando la panadería de la iglesia cerró, Dios me proveyó otro trabajo en un programa de guardería infantil para cuando salen los niños de clases.

Al contemplar los últimos años de mi vida, me encuentro muy agradecida por la manera en que Dios me ha guiado — a través de un maestro a quien le importé lo suficiente como para mostrarme a Jesús reflejado en su vida y sus palabras, a través de mi hermano que me defendió ante mis padres, al ayudarme a encontrar trabajo cuando más los necesitaba. Pero estoy especialmente agradecida de que cuando no podía guardar el sábado porque tenía que trabajar, Dios nunca me abandonó. Por lo contrario, me ayudó a conseguir un trabajo donde podría compartir su amor con niños y jóvenes y adorarlo los sábados.

Recientemente comencé a trabajar con el canal Esperanza TV en la producción de programas para jóvenes en el idioma chino. Este trimestre una porción de las ofrendas del decimotercer sábado será destinada a fortalecer este ministerio para que las personas de Asia que hablan chino escuchen el mensaje adventista en su propio idioma.

Datos de interés

☛ Taiwán es una isla pequeña pero altamente industrializada cerca de la costa oriental de China. El idioma oficial es chino mandarín.

☛ Una parte de las ofrendas del decimotercer sábado ayudarán a financiar programas en el lenguaje chino para presentarle a Cristo a los habitantes de esa región.